

Museo
Arqueológico
Nacional

PIEZA DEL MES

Ciclo 2003

**Las armas: defensa,
prestigio y poder**

**AJUAR GUERRERO CELTIBÉRICO
DE AGUILAR DE ANGUITA (GUADALAJARA)**



Eduardo Sánchez-Moreno

OCTUBRE 2003

1. DESCRIPCIÓN DEL AJUAR GUERRERO

El ajuar que nos ocupa está integrado por una urna cerámica de orejetas con tapadera que contenía los restos cremados del difunto, una fibula de bronce del tipo anular hispánico, dos fusayolas cónicas (habitualmente relacionadas con enterramientos femeninos, lo que no deja de sorprender en este caso), un par de punzones, una docena de chapitas circulares de bronce, instrumental equino (bocado de caballo y restos del atalaje) y un espectacular conjunto de armas del que forman parte una espada de antenas con su vaina, un cuchillo de hoja curva, un *soliferreum* o jabalina de hierro, dos puntas de lanza y sus respectivos regatones, un casco de bronce, y la que puede considerarse pieza más excepcional, un disco-coraza. La riqueza y singularidad de estos materiales llevó al marqués de Cerralbo, su descubridor, a pensar que se trataba de la tumba de un jefe cuyo ajuar le definiría incluso como régulo.

El enterramiento tiende a datarse a mediados o finales del siglo V a.C., siendo su equipo guerrero, una panoplia de tipo aristocrático propia de la transición del Celtibérico Antiguo (s. VI-V a.C.) al Pleno (s. V-III a.C.), en la que son perceptibles algunas influencias del mundo ibérico meridional, caso de las largas puntas de lanza, los cuchillos afalcatados, las espadas de frontón o los discos-coraza.

Se halló en la Tumba A de la necrópolis de Aguilar de Anguita (Guadalajara), que es uno de los enterramientos más espectaculares de la Edad del Hierro del interior peninsular. Esta necrópolis se emplaza en el límite provincial entre Guadalajara y Soria, a los pies de un cerro por cuyos alrededores transcurre la vía romana que iba de *Emerita Augusta* a *Caesaraugusta*. Su estudio por parte de E. Aguilera y Gamboa, XVII marqués de Cerralbo,¹ propició el descubrimiento y la inmediata excavación de los dos cementerios que integraban la necrópolis, “El Altillo” y “La Carretera”, en los primeros años del siglo XX .

Tanto la Tumba A como la muy similar Tumba B de Aguilar de Anguita, cuyos materiales se conservan en el Museo Arqueológico Nacional, corresponden a sepulturas de varón, conocidas convencionalmente como “de guerrero” por la presencia de armamento. Sin duda, pertenecieron a poderosos individuos de la elite social celtibérica.

2. ARMAS PARA LOS MUERTOS: NECRÓPOLIS Y AJUARES GUERREROS

Cementerios y ritual funerario

Los ajuares funerarios con armas son la fuente de información más importante para el estudio del armamento de la Edad del Hierro, además de los textos grecolatinos y las imágenes de guerreros en esculturas, exvotos, estelas, vasos cerámicos y monedas.

Conocemos con bastante precisión las prácticas funerarias celtibéricas gracias a los datos proporcionados por las necrópolis de incineración excavadas en la Meseta oriental, entre otras las de Sigüenza, Atienza, La Olmeda, etc, además de las de Aguilar de Anguita, en la provincia de Guadalajara, y las de Alpanseque, Osma, Uceró, etc, en tierras sorianas. Los cementerios se ubican a poca distancia de los poblados en puntos de fácil acceso, sobre laderas o vaguadas próximas a cursos fluviales.

El ritual funerario es la cremación. Así, los cadáveres se queman junto a enseres personales del difunto en piras o *ustrina* preparadas al efecto, tras lo cual y una vez tratados convenientemente los restos se introducen en una urna cerámica que suele calzarse y protegerse con una laja o bien cubrirse con una tapadera de barro, enterrándose en hoyos excavados a poca profundidad. En la variante más sencilla las cenizas se depositan directamente en el suelo. Las tumbas, en su gran mayoría individuales, se cubren con amontonamientos de piedra y en ocasiones con empedrados de planta rectangular o circular, siendo habitual además la señalización de los enterramientos con estelas de piedra y probablemente de madera. Respecto al ordenamiento del espacio funerario, en las necrópolis de Luzaga y Aguilar de Anguita, por ejemplo, el marqués de Cerralbo observó cómo las sepulturas se alineaban formando calles separadas por estelas, en las que se iban alternando estructuras de empedrado. Asimismo, las necrópolis acostumbra a dividirse en distintos sectores de enterramientos que se corresponden con agrupaciones familiares de carácter gentilicio.

Ajuares

Ya se ha dicho que es habitual la presencia de enseres personales en las tumbas: vasos cerámicos, útiles laborales (fusayolas y pesas de telar, punzones, herramientas agrícolas, etc.), adornos, armas y arreos de caballos. Estas últimas categorías de objetos son de mayor excepcionalidad y sólo aparecen en algunas pocas sepulturas. Las ofrendas funerarias acompañan al difunto en su tránsito al más allá, son bienes que le identifican y que aseguran su continuidad en la otra vida. Por tanto alumbran aspectos sobre el sistema de creencias de los celtíberos, su vida material y ocupaciones profesionales, e incluso, sobre su organización interna, pues la asimetría de los ajuares puede tenerse como indicador de desigualdad de riqueza y de jerarquización social. No obstante, la información funeraria debe interpretarse con cautela habida cuenta que el material depositado en las tumbas ha sido seleccionado de forma intencionada siguiendo unos criterios (psicológicos, sociales, religiosos...) en última instancia desconocidos. Debido a la carga simbólica inherente a los depósitos funerarios, en el caso de las tumbas con armas habría que preguntarse hasta qué punto los ajuares son un reflejo real del equipamiento militar (y no objetos con otras connotaciones políticas, ideológicas o familiares), y si verdaderamente estamos ante tumbas de guerrero en un sentido estricto.

Equipos guerreros

La panoplia de la Tumba A de Aguilar de Anguita ofrece un completo repertorio del armamento de los celtíberos, realizado en su mayor parte en hierro forjado. Dentro de las armas ofensivas destacan las lanzas, espadas y puñales. Las primeras son las más abundantes en el registro arqueológico hasta el punto de poder considerar las armas de asta como las más genuinas del guerrero hispano. De hecho es frecuente la aparición de varias puntas de lanza por tumba, caso de la sepultura que comentamos. Realizadas con un astil de madera, de ellas sólo se conservan los elementos metálicos: la punta y el regatón cónico que se inserta en el talón; este último evita el desgaste de la madera, sirve de contrapeso y facilita la hincada en el suelo, pudiendo utilizarse también como punta auxiliar en las embestidas.

Las jabalinas se diferencian de las lanzas en que son armas arrojadas -algunas podrían emplearse también en la acometida-, una de cuyas variantes es el *soliferreum*, confeccionado enteramente en hierro, con punta triangular y sección cilíndrica, muy característico de los pueblos peninsulares según refieren los escritores clásicos.

Las espadas, el arma probablemente más valorada, son más bien cortas (40-50 cm.), de hoja recta o ligeramente pistiliforme con dos filos y punta, y esbeltos pomos que a veces se decoran con hilos de plata y cobre. Las más representativas entre los celtíberos son las espadas de antenas atrofiadas: reelaboraciones meseteñas de prototipos transpirenaicos definidas por dos antenas en el extremo de la empuñadura de poco o nulo desarrollo que terminan en dos botones o apéndices esféricos. Una de las variantes más antiguas es el modelo Aguilar de Anguita, con origen en la región del Languedoc, que se caracteriza por una antena todavía desarrollada y un pomo poco decorado. Al margen de las de antenas atrofiadas otros tipos de espada que aparecen en Celtiberia son la de La Tène, de hoja alargada típicamente céltica, y la de frontón, de filiación meridional y con empuñadura rematada en semicírculo. (Vitrina 4)

Los historiadores greco-latinos reconocieron la calidad de las espadas celtibéricas: Polibio alabó su versatilidad en el combate y su superioridad con respecto a las largas espadas célticas centroeuropeas. Todo ello llevó al ejército romano a adaptar en su panoplia la espada peninsular, el famoso *gladius hispaniensis*, desde tiempos de la Segunda Guerra Púnica.

El puñal completa el equipo de armas de ataque; en estas fases finales del Celtibérico Antiguo son cuchillos de hoja curva o afalcatada derivados del mundo ibérico y se guardan en un estuche o cajetín dentro de la vaina, junto a la espada y a un par de puntas de lanza de reserva. Posteriormente se desarrollan otros modelos de puñal más marcadamente celtibéricos, como el de empuñadura con remate biglobular.

De los equipos defensivos, las armas más operativas son escudos, cascos, corazas y grebas o espinilleras, realizadas tanto en metal (hierro, bronce) como, sobre todo, con materiales perecederos: madera para el armazón de los escudos y cuero para las protecciones corporales. La Tumba A de Aguilar de Anguita contenía un disco-coraza, y un casco de bronce de tipo corintio en

forma de ojiva, reforzado con tiras de hierro y con guardanuca y carrilleras, que no se conserva y se conoce sólo por dibujos. Las representaciones de guerreros en la cerámica celtibérica, especialmente los vasos numantinos, muestran una amplia variedad de cascos, algunos verdaderos objetos de exhibición provistos de cimeras, penachos y remates con formas animales y cuernos, que nos hablan del prestigio de sus poseedores. Respecto a los escudos, en las tumbas únicamente se recuperan las partes metálicas: umbos, restos del embrace y anillas de sujeción y transporte. En la Meseta como en el mundo ibérico el modelo habitual es la *caetra* o pequeño escudo circular, aunque por las fuentes y la iconografía de relieves y exvotos sabemos que también se emplea un escudo alargado muy común entre los pueblos galos, el *scutum*.

En suma, el equipo estándar celtibérico se compone de una espada y/o puñal con su correspondiente vaina, una o dos lanzas y un escudo. Panoplias más completas y lujosas, como las de las tumbas A y B de Aguilar de Anguita que incluyen coraza y casco, dan cuenta de la posición privilegiada de determinados individuos que hacen de las armas vehículo de expresión de su poder.

Un aspecto interesante es la inutilización voluntaria del armamento al amortizarse en las tumbas, evidente sobre todo en las espadas y *soliferrae*, que aparecen ocasionalmente dobladas, pero extensible también a lanzas y escudos mediante la destrucción en la pira o fuera de ella de sus partes perecederas. Este hecho que no es exclusivo de los celtíberos, pues también lo practican celtas, iberos y lusitanos, cabe interpretarlo como un acto ritual que connota la *muerte* del arma en consonancia con el *trance* del guerrero, aunque no hay que descartar que responda a veces sin más a una necesidad práctica de adaptación al reducido espacio del enterramiento.

3. EL DISCO-CORAZA, ARMA DE PARADA POR EXCELENCIA

Tomemos como ejemplo el de la Tumba A. Los discos-coraza son protecciones flexibles realizadas en bronce a partir de dos grandes chapas o discos (uno sobre el pecho, petral, y otro sobre la espalda, dorsal), articulados mediante cadenillas en las que se engarzan otros discos menores y planchuelas. Los diámetros de nuestro ejemplar rondan los 20 cm. Se cuelgan de los hombros cubriendo el torso y ajustándose por debajo de las axilas mediante correas, tal como ilustra el guerrero ibérico del conjunto escultórico de Porcuna (Jaén). Las partes metálicas se refuerzan con soportes de cuero y lino a los que se cosen discos más pequeños, como prueban las perforaciones que muchos de ellos presentan para el ajuste de cordones y remaches. No en vano Estrabón (III, 3, 6) alude al empleo de corazas de lino y cotas de malla por parte de los lusitanos, cuyo armamento no diferiría mucho del de los celtíberos. Los discos se decoran con repujados geométricos y en el caso que nos ocupa el tema central es una cruz de malta con dos bandas de círculos concéntricos cruzadas en diagonal, inserta en una sucesión de circunferencias en paralelo al borde exterior. Otros repertorios habituales son ruedas y óvalos radiales, espigados, aspas, palmetas, roleos e incluso algún motivo zoomorfo en perspectiva cenital, visible en otro disco con damasquinado en plata hallado igualmente en la necrópolis de Aguilar de Anguita, expuesto en la misma vitrina. Es verosímil que esta simbología de reminiscencia astral desempeñara una función protectora. En este sentido y con un valor apotropaico similar cabe citar como paralelo la magnífica cabeza de lobo que decora la coraza del torso guerrero ibérico de la Alcudía de Elche.

Las corazas metálicas tienen su origen en el mundo micénico desde donde se extienden entrada la Edad del Hierro por la Europa continental y mediterránea en distintos grupos regionales (greco-

tracio, celto-alpino, italo-etrusco...) y variantes formales (de torso entero, abierta, acampanada, musculara, cuadrangular, triangular...).

Los discos-coraza peninsulares son una particular adaptación de los *guardacouri* itálicos, emparentados a su vez con los *kardiophilakes* griegos, aunque contamos con un caso concreto, el peto de bronce de Calaceite (Teruel), hallado en una tumba principesca de fines del siglo VI a.C., que responde a otra tipología. Los estudios de G. Kurtz y F. Quesada demuestran que esta reelaboración local tiene por foco el sureste ibérico, como bien pone de manifiesto su hallazgo en necrópolis de Contestania o su representación en la plástica ibérica (recuérdese el conjunto escultórico de Porcuna), siempre vinculados a los círculos de poder. Desde ahí los discos-coraza, al igual que las falcatas y espadas de frontón, se irradian hacia la Meseta por medio de un comercio suntuario con las elites celtibéricas, o en calidad de regalos diplomáticos. Este carácter de bienes de prestigio explicaría su aparición en tumbas aristocráticas formando parte del equipo guerrero de los grandes dignatarios. Así lo corroboran los discos-coraza de ciertas necrópolis meseteñas: los varios ejemplares de Aguilar de Anguita, hasta nueve según el marqués de Cerralbo, en el espacio de los celtíberos, y los de La Osera (Chamartín, Ávila) y El Raso (Candelada, Ávila), en tierras vetonas. En todos los casos se trata de espectaculares panoplias guerreras.

En suma estamos ante una pieza que no puede considerarse un arma estándar ni tampoco resulta efectiva militarmente (la debilidad de las cadenillas y la estrechez de la chapa metálica la inhabilitan para la defensa). Es, ante todo, un objeto de prestigio que dice mucho del rango de su propietario y que debió de utilizarse como arma de parada en ceremonias y rituales (desfiles militares, festivales, exequias fúnebres...), con una proyección por tanto más simbólica que práctica.

4. LAS ELITES ARISTOCRÁTICAS Y LA GUERRA

El brillo de las armas y el relinchar de los caballos, dos marcas de estatus

Según acabamos de ver, la disposición de armas en la sepultura otorga un valor social añadido al puramente funcional, lo que lleva a interpretarlas como algo parecido a un atributo de rango. Esto es notorio en el caso celtibérico, cuya sociedad muestra evidentes signos de estratificación desde las primeras fases de su desarrollo. Junto a las panoplias de lujo, otra expresión del poder de las aristocracias guerreras es el caballo, animal que por su belleza, fuerza y coste de mantenimiento es sin duda un referente de nobleza. En este sentido de reforzamiento social hay que entender la presencia de arreos de caballo en tumbas principales, como la que nos ocupa de Aguilar de Anguita. Igualmente son pruebas de este ideal caballeresco la elección del équido en la decoración de objetos de adorno personal, caso de las célebres fíbulas de caballito, o de estelas funerarias discoidales, por ejemplo las de Clunia y Lara de los Infantes; su presencia como emblema en instrumentos de mando como son los báculos de distinción o cetros documentados en la necrópolis de Numancia, verdaderos *signa equitum*; o, ya más tardíamente, la acuñación de monedas con la imagen del jinete (esto último en relación con la formación de ciudades-estado celtibéricas en los siglos III-II a.C. bajo el liderazgo de elites ecuestres, como señala M. Almagro-Gorbea).

La guerra en el mundo celtibérico, mucho más que un estereotipo literario

Los historiadores griegos y romanos al narrar en sus crónicas la conquista romana abundan en el talante irracionalmente belicoso de los pueblos hispanos, especialmente de celtíberos y lusitanos, llamando la atención sobre hábitos como las razzias y el bandidaje, el furor en el combate o la tenaz resistencia que antepone la inmolación a la rendición y entrega de las armas. Se trata en realidad de clichés etnográficos que enfatizando la *barbarie* indígena frente a la *civilización* romana sirven de paso para justificar desde el plano ideológico la romanización de Hispania. Tópicos aparte, la guerra es un elemento clave para entender la personalidad de los celtíberos, muy impregnada como vemos de valores guerreros.

La actividad guerrera es durante la Edad del Hierro un fenómeno que incide de lleno en la organización socio-económica, el poder político y la esfera religiosa. Funciona como elemento de cohesión para la sociedad a través de la emergencia de formas de gobierno aristocrático en las que unos pocos individuos ejercen el poder apoyándose en la fuerza militar y en el prestigio, fama y riqueza que acarrear los triunfos guerreros. En el Celtibérico Antiguo estos individuos privilegiados se identifican con los poseedores de las excepcionales panoplias que acabamos de comentar, dando lugar con el paso del tiempo a los *principes* y *nobiles* que mencionan las fuentes durante la guerra celtibérica a mediados del siglo II a.C., cuando la ética guerrera celtibérica ya está plenamente configurada. Es importante señalar que alrededor de estos jefes se van formando séquitos de guerreros vinculados a sus superiores mediante lazos de fidelidad suprema como la *devotio*, un compromiso de carácter cuasi-religioso que lleva a sus seguidores a morir por el jefe. La iconografía de relieves, monedas y sobre todo la cerámica pintada numantina reflejan bien este fuerte componente militar y competitivo de la sociedad celtibérica. Citemos como ejemplo el conocido “vaso de los guerreros”, con la representación de un combate singular de tipo heroico y marcadamente ritualizado.

Esta *virtus* guerrera tiene su máxima expresión en la muerte en combate, aspiración y gloria del celtíbero como se desprende de las palabras de Silio Itálico (III, 340-343): “para los celtíberos es un honor caer en el combate y sacrilegio incinerar un cuerpo muerto de este modo. Pues creen que son retornados al cielo, junto a los dioses de lo alto, si el buitre hambriento devora sus restos yacentes”.

VISITAS RECOMENDADAS

- Museo Arqueológico Nacional (C/ Serrano, 13 Madrid): planta segunda, sala VII (Edad del Hierro: necrópolis) <http://www.man.es/>
- Museo Numantino (Paseo del Espolón, 8. Soria): planta baja, sala B, sección 3 (cultura material celtibérica), y sobre todo sala M, sección monográfica (necrópolis celtibéricas y ajuares funerarios) <http://www.dipsoria.com/MUSEONUMANTINO/guia.htm>

- Museo de Arqueología Celtibérica de Molina de Aragón, Guadalajara (Convento de San Francisco-Casa de la Cultura). Exposición temporal sobre las épocas celtibérica y romana en la región.
- Museo Cerralbo (C/ Ventura Rodríguez, 17. Madrid): colecciones arqueológicas y artísticas reunidas por el Marqués de Cerralbo, pionero en la excavación de necrópolis celtibéricas. Se conservan armas y otros objetos procedentes de yacimientos meseteños de la Edad del Hierro, así como documentación sobre sus trabajos de campo. <http://www.mcu.es/guia/pagina49.html>

BIBLIOGRAFÍA

Sobre las excavaciones del marqués de Cerralbo:

AGUILERA Y GAMBOA, E., (Marqués de Cerralbo), (1911); *Páginas de la Historia Patria por mis excavaciones arqueológicas*. (Obra mecanografiada. Inédita). Vols. I-IV. Madrid. (Existen ejemplares en el Museo Cerralbo y en el Museo Arqueológico Nacional). [El volumen III está dedicado a la necrópolis de Aguilar de Anguita]

AGUILERA Y GAMBOA, E., (Marqués de Cerralbo), (1916); *Las necrópolis ibéricas*. Valladolid.

Sobre el armamento celtibérico, a partir fundamentalmente del estudio de las necrópolis:

BAQUEDANO BELTRÁN, I. y CABRÉ DE MORÁN, E., (1997); “Caudillos celtas y armamento de parada”, en *La guerra en la Antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania*. Madrid, pp.261-269. [Partiendo de su valor como bienes de prestigio e ítems de exhibición, ofrece un esbozo del equipamiento guerrero aristocrático]

CABRÉ DE MORÁN, M^a.E., (1990); “Espadas y puñales de las necrópolis celtibéricas”, en Burillo, F. (Coor.), *Necrópolis celtibéricas. II Simposio sobre Los Celtiberos (Daroca, 1988)*. (Institución Fernando El Católico). Zaragoza, pp.205-224. [Muestrario tipológico de armas ofensivas procedentes de contextos funerarios]

CABRÉ DE MORÁN, M^a.E. y BAQUEDANO BELTRÁN, M^a.I., (1997); “El armamento céltico de la II Edad del Hierro”, en *La guerra en la Antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania*. Madrid, pp.240-259. [Rastreo general sobre las panoplias guerreras de los pueblos del interior, por grupos regionales]

LORRIO ALVARADO, A.J., (1993); “El armamento de los celtas hispanos”, en Almagro Gorbea, M. (dir.), *Los Celtas: Hispania y Europa*. Madrid, pp.285-326. [Aproximación global de gran utilidad donde se presentan las fuentes de información para el estudio del armamento meseteño, así como los principales tipos]

LORRIO ALVARADO, A.J., (1994); “La evolución de la panoplia celtibérica”, *Madriditer Mitteilungen*, 35, pp.212-243.

LORRIO ALVARADO, A.J., (2002); “Problemas de cronología en la panoplia celtibérica”, en Moret, P. y Quesada Sanz, F. (eds.), *La guerra en el mundo ibérico y celtibérico (ss.VI-II a.C.)*. (Collection de la Casa de Velásquez, 78). Madrid, pp.63-85.

[Estudios, ambos, de carácter más especializado sobre cuestiones técnicas y revisiones cronológicas en el desarrollo de los equipos militares celtibéricos]

LORRIO ALVARADO, A.J., (1997); *Los Celtiberos*. (Complutum Extra, 7. Editorial Complutense). Madrid-Alicante. [Obra *in extenso* básica para el conocimiento del mundo celtibérico; resultan fundamentales los capítulos dedicados al armamento y las necrópolis]

Sobre los discos-coraza:

CABRÉ DE MORÁN, M^a.E., (1949); “Los disco-corazas en ajueres funerarios de la Edad del Hierro de la Península Ibérica”, en *Crónica del IV Congreso Arqueológico del Sudeste Español (Elche, 1948)*, Cartagena, pp.186-190. [Primer artículo monográfico sobre la cuestión, con propuestas gráficas de reconstrucción]

KURTZ SCHAEFER, W.S., (1985); "La coraza metálica en la Europa protohistórica", *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 21, pp.13-23. [Brillante síntesis que ofrece una panorámica general sobre la coraza en la Edad del Hierro: orígenes, tipología y función social. Recomendable como introducción]

BARRIL VICENTE, M. y MARTÍNEZ QUIRCE, F.J., (1995); "El disco de bronce y damasquinado en plata de Aguilar de Anguita (Guadalajara)", *Trabajos de Prehistoria*, 52 (1), pp.175-187. [Con especial atención a las técnicas y motivos decorativos]

QUESADA SANZ, F., (1997); *El armamento ibérico. Estudio tipológico, geográfico, funcional, social y simbólico de las armas en la cultura ibérica (siglos VI-I a.C.)*. Montagnac. Vol. 2, esp. pp.571-583. [La más completa y actualizada monografía sobre el armamento de los pueblos ibéricos. Para introducidos en el tema]

Sobre la guerra en la antigua Celtiberia:

ALMAGRO GORBEA, M., (1997); "Guerra y sociedad en la Hispania céltica", en *La guerra en la Antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania*. Madrid, pp.207-221.

CIPRÉS TORRES, P., (1993); *Guerra y sociedad en la Hispania indoeuropea*. Vitoria.

GRACIA ALONSO, F., (2003); *La guerra en la Protohistoria. Héroes, nobles, mercenarios y campesinos*. Barcelona.

SÁNCHEZ-MORENO, E., (2001; 2002); "Algunas notas sobre la guerra como estrategia de interacción social en la Hispania prerromana: Viriato, jefe redistributivo", (I) *Habis*, 32, pp.149-169; (y II), *Habis*, 33, pp.169-202. Versión on-line: <http://www.ffil.uam.es/antigua/piberica/viriato/viriato1.htm#inicio>

¹ El marqués de Cerralbo es de hecho el gran pionero de la arqueología celtibérica con sus investigaciones en las necrópolis de las cuencas altas del Tajo y Jalón. Debe mencionarse también la inestimable labor de otros estudiosos como J. Cabré, fiel colaborador del anterior en sus trabajos de campo, su hija M^a.E. Cabré o B. Taracena y W. Schüle en las siguientes décadas. A pesar de tratarse de uno de los cementerios más extensos (con alrededor de 5.000 enterramientos exhumados), es poco lo que conocemos debido al estado inédito de la documentación, parcialmente perdida, y a las limitaciones metodológicas de unas excavaciones que, aunque meritorias para la época en que se realizaron, hoy no destacarían por su rigor científico.